

—Con esta orden la Audiencia responde de la tranquilidad del reino y del buen servicio de S. M.

D. Frutos se retiró triunfante llevándose la orden, y el virey quedó enteramente contrariado.

Hubiera querido proteger mas al marqués de San Vicente, que no era para él un personaje tan misterioso como para todos; pero le fué imposible. El virey estaba en una posición delicada.

X.

De como fué llevado á México el marqués de San Vicente, y de como fué conocido allí inmediatamente por una dama.

URIOSAS estaban las jentes esperando de un día á otro la llegada del *Tapado*, como le llamaban ya todos al marqués de San Vicente, por tanto empeño que manifestaba para ocultar sus papeles.

Repentinamente se esparció la noticia de que el virey le habia mandado prender, y creció mas y mas con esto la curiosidad pública; no siendo bastante á distraerla las noticias que de Veracruz habian llegado.

Segun estas noticias, el pirata Lorencillo se habia llevado prisioneros á todos los habitantes de Veracruz, despues de haber saqueado á su gusto la ciudad; y exijia un crecido rescate para poner en libertad á sus cautivos.

Todos hablaban de esto, y concluian por preguntar:

—¿Cuándo llega el *Tapado*?

Pero el *Tapado* estaba ya cerca; en la misma noche que recibió D. Frutos Delgado la orden para su aprehension, despachó correos y encargó que se procediese inmediata-

mente, sin pérdida de tiempo, y se le condujera á México.

La Audiencia presentia cierto vínculo tan misterioso como todo lo que tenia relacion con el marqués de San Vicente, entre éste y el virey, temia la audiencia que se le arrebatará su presa ó que algun accidente imprevisto le colocara fuera del alcance de su poder.

Por eso con toda diligencia le hizo llegar á la capital.

Era la noche del viernes 4 de Junio de 1683, y un inmenso concurso esperaba en las calles del Reloj algo que debia llegar por la calzada del Santuario de Guadalupe, porque hácia ese rumbo se dirijian todas las miradas, y hácia ese rumbo se encaminaban los mas impacientes.

Desde la tarde se habia reunido allí la jente y hacia ya muchas horas que esperaban impacientándose sin retirarse.

Era que aquel dia ó aquella noche debia llegar á México el Tapado.

Los curiosos se preguntaban unos á otros; los que estaban parados interrogaban á los que venian del lado del Santuario, y los que llegaban de la plaza mayor á los que estaban parados en espera.

Se entablaban diálogos entre las personas que andaban en la calle y las que estaban asomadas á los balcones, y la conversacion comenzaba así siempre:

—¿Aun no parece?

Al fin se escuchó una voz que dijo:

—Ahí viene, y ahí viene repitió la muchedumbre y los de atrás se pararon sobre la punta de los piés y alargaron el cuello, y los de adelante se inclinaron de un lado para distinguir lo mas lejos posible, y se llenaron de cabezas los balcones y las ventanas.

La noche estaba hermosa; brillaba la luna en todo su es-

plendor, y sin embargo, en el grupo que avanzaba conduciendo al *Tapado* venian muchos hombres trayendo hachas encendidas.

Este era un lujo de la Audiencia.

El grupo avanzaba en medio de las curiosas miradas de aquella multitud, que deseaba conocer al *mentado* marqués de San Vicente.

Así llegaron hasta la calle del Reloj.

D. Lope habia entrado á la casa de D^a Laura un poco antes de que llegara el marqués de San Vicente.

—Señora—dijo D. Lope—¿no deseais ver al marqués de quien tanto se habla en México?

—D. Guillen—contestó la dama—bien sabeis que pocas cosas mueven ya mi curiosidad.

—Sin embargo, D^a Laura, el marqués de San Vicente para vos que conoceis ya todos nuestros secretos, es un personaje importante.

—Es cierto, pero como yo no le conozco.

—Tal vez le conoceis: vos, señora, habeis nacido en España, os habeis criado en la corte, teneis familia, parientes.

—Es verdad, però todos ellos me han abandonado.

—D^a Laura, yo insisto: os suplico que procureis ver á ese hombre, y me digais, si acaso le conoceis, lo que debe pensarse de él.

—Bien, D. Lope, por daros gusto procuraré verle; ¿tardará mucho en llegar?

—No, señora, tengo noticia de que estaba ya en la garita.

—Entonces vámonos—dijo la dama, tomando un manto para encubrirse.

—¿Qué haceis?—preguntó D. Lope.

—Me preparo á salir; ¿no deseais que procure ver á ese hombre?

—Sí, señora, pero yo creia que desde uno de vuestros balcones.

—Oh! eso ademas de llamar mucho la atencion, seria completamente inútil, porque á pesar de la claridad de la noche, no podria yo conocerle á esa distancia; por eso espero que me acompañeis á la calle.

—Será para mí un verdadero placer.

—Pues vamos, D. Lope.

—Vamos, señora.

D.^a Laura se cubrió perfectamente con su manto, se apoyó en el brazo de D. Lope y salieron ambos á la calle.

D. Lope sintió que sus nervios se estremecian al contacto del brazo de D.^a Laura, y que un fuego terrible corria por todo su cuerpo.

Aquel hombre estaba ciegamente apasionado; miraba á la dama y sentia vehementes deseos de estrechar aquella mano que se apoyaba en su brazo, contra su corazon.

Pero no se atrevió.

Hendiendo verdaderamente la multitud apiñada delante de la casa, D. Lope y su hermosa compañera llegaron hasta los que formaban la primera fila de de los curiosos.

Era el momento en que el preso llegaba allí precisamente.

—Ese á quien llevan en medio de todos.—dijo D. Lope á D.^a Laura—ese que viene caballero en una mula, ese es el marqués de San Vicente.

La dama fijó su atencion en la persona designada.

Era este un hombre rica y elegantemente vestido, no traia armas, ni mas abrigo que una capa corta que flotaba

en su espalda y que sin duda por causa de la estacion el marqués no cuidaba de embozarse.

Tenia un ancho sombrero que no le cubria su frente porque lo traia levantado.

En el momento en que D.^a Laura llegó, el marqués de San Vicente le daba la espalda porque hablaba con una persona que estaba á su derecha.

La dama esperaba con impaciencia que volviera el rostro, segura de conocerle porque la luz de unos hachones le bañaba enteramente.

Por fin el marqués hizo un movimiento y presentó su rostro á D.^a Laura.

La dama lanzó una exclamacion que escuchó el Tapado, porque dió muestras de buscar con inquietud el lugar de donde habia salido aquella exclamacion, pero la dama habia vuelto á perderse entre la jente, y se entraba á su casa arrastrando en pos de sí á D. Lope de Montemayor.

—Le habeis visto, señora?—dijo D. Lope.

—Sí—contestó la dama.

—Y le conoceis?

—Demasiado.

—Y quién es él? señora.

—D. Antonio de Benavides, el hombre de las confianzas del padre Nitardo, del asesino de D. José de Mallades.

—Es decir que pensais que no debemos fiar en él?

—No, D. Lope, no digo tal; este hombre me causa una impresion horriblemente desagradable, porque creo que ha sido el brazo del padre Nitardo en la ejecucion sangrienta de D. José, pero ese es el hombre de la lealtad para la reina, y para el padre Nitardo era un perro fiel.

—¿Así pensais?

—Sí, A D. Antonio de Benavides, quizá nunca me atreveria yo á hablarle, porque se me figuraria ver en sus manos la sangre de Mallades, porque la sombra de mi amante me parecia que se levantaba entre los dos; pero yo conozco á Benavides; podeis fiaros de él, y antes moriria que descubrir un secreto.

—Os creo, señora.

—Por ahora, á pesar de que no conozco todos los secretos de vuestros planes, y que ignoro las intenciones del virey y de la Audiencia, temo que D. Antonio de Benavides, no salga vivo de esa prision.

—Pero si nada tienen de qué culparle.

—Sin embargo, los reyes y sus representantes no perdonan ni aun la simple sospecha.

—El virey está de nuestra parte.

—Mientras no vea por vuestra parte peligro: el dia en que la suerte os sea adversa, os sacrificará á todos.

La dama calló, y D. Lope se habia puesto sombrío: aquella mujer acababa de decirle lo que él mismo pensaba, pero lo que temia pensar siquiera.

XI.

De lo que pasaba con el marqués de San Vicente despues de su prision.

UE el marqués de San Vicente encerrado en un oscuro calabozo de la cárcel de la Audiencia.

A pesar de que la orden del virey no era mas que una medida de precaucion, ó al menos así se le habia pedido por los oidores; apenas estos la tuvieron en su poder comenzaron á molestarle.

En la misma noche en que le llevaron á México, el oidor D. Frutos Delgado entró á visitar al virey.

—Ahora sí—dijo éste—su señoría estará contento.

—Contento no—contestó D. Frutos—porque jamas puede dar contento á un corazon bien formado, el padecimiento que sufre un semejante aun cuando este padecimiento le venga por justicia, pero sí puedo decir á V. E. que estoy tranquilo.

—¿Y habeis hablado con el marqués.

—No, señor; esta noche quiero verle?

—Yo tambien.